

HOMENAJE

FRIEDRICH A. VON HAYEK*

Arturo Fontaine Talavera

Acerca de la Viena de comienzos de siglo, dice Robert Musil en su novela *El hombre sin atributos*: "Si a alguien le caía en suerte hacer entonces la entrada en el mundo, sentía ya en la primera esquina el soplo acariciador del espíritu sobre sus mejillas". Los historiadores no cesan de asombrarse de la eclosión cultural que se produjo en torno a la capital del Imperio Austro-Húngaro y que resultó determinante para el temple intelectual de nuestra época: Freud y el psicoanálisis; la filosofía de Wittgenstein y de Popper; Morgestern en matemáticas; Schönberg, Von Weber y Mahler en música; Loos, Wagner y Hoffmann en arquitectura; Klint, Shiele y Kokoshka en pintura; Moser en diseño; Von Mises y Schumpeter en economía, en fin, el propio Musil en literatura. Es el clima intelectual en el que se forma Friedrich A. von Hayek, fallecido el martes recién pasado, un economista cuya honda reflexión acerca de su disciplina lo llevó a plantearse cuestiones centrales de teoría política y a repensar los clásicos de la filosofía del siglo XVIII. Lo hizo teniendo a la vista un fenómeno característico de su tiempo: la sociedad totalitaria. Su pensamiento es hoy imprescindible para comprender en qué consiste el enfoque totalitario, sea de derecha o de izquierda.

ARTURO FONTAINE TALAVERA. M.A. y M. Phil. en Filosofía, Universidad de Columbia; Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

* Una versión anterior de este artículo fue publicada en el diario *El Mercurio* el 30 de marzo de 1992, pocos días después del fallecimiento de Friedrich A. von Hayek.

Von Hayek concibió el desarrollo económico como el resultado de un proceso de creación y transmisión de conocimiento práctico. Planteó las instituciones de la economía de mercado como configurando un "método de descubrimiento". Desde este punto de vista, las empresas son centros de exploración de los mercados que operan con los procedimientos de "tanteo" propios de la acción humana. La multiplicidad de los exploradores y una tradición institucional que haga recaer sobre cada cual los efectos de sus decisiones son naturales, en el sentido de que corresponden a las condiciones de incertidumbre bajo las cuales se actúa. A la inversa, la concentración del proceso de toma de decisiones hace de la actividad empresarial el privilegio monopólico de un núcleo burocrático. Los efectos de sus decisiones se repartirán de manera incontrolable entre la población. Un marco jurídico que abra los mercados y permita la competencia tenderá a favorecer la creatividad y la invención. Por consiguiente, las reglas que organizan y propician la creatividad en materias económicas no son tan distintas de las que lo hacen en el campo científico o artístico. En definitiva, lo que está en juego para Von Hayek —en la definición de un sistema económico— es una cuestión epistemológica.

Von Hayek, al insistir en el carácter disperso y fragmentario del conocimiento relevante para la decisión empresarial, detectó el problema básico del socialismo clásico: su incapacidad para recoger y procesar adecuadamente información útil para la vida económica. Y no sólo eso: el proyecto de hacerlo equivale a la instauración de una sociedad totalitaria. Porque al controlarse los medios económicos requeridos para el logro de los fines de las personas se le está confiriendo a ese núcleo burocrático un poder incontrolable para determinar, de hecho, a qué fines deben tender las personas y cuál es el grupo en el poder que las veda. La planificación centralizada de la economía corre a parejas con la planificación monopólica de la vida.

De este modo, el pensamiento de Von Hayek se encuentra con la tradición filosófica de Kant, en tanto éste propone para el Estado, como tarea, no la definición de qué sea la felicidad de las personas, sino el establecimiento de un orden general justo que permita la consecución de proyectos de vida individuales. La definición del sistema económico tiene, según Von Hayek, fuertes concomitancias éticas. Sin embargo, al analizar el tema de la justicia distributiva —si bien su espíritu crítico siempre es lúcido— no logra, creo, fundamentar una verdadera teoría. Con todo, sus argumentos tendrán gran importancia para filósofos como John Rawls y Robert Nozick, que se abocarán al tema posteriormente.

A partir de la obra pionera de su maestro Ludwig von Mises, mostró

cómo ese carácter totalitario de la planificación centralizada no se borra adosándole un sistema democrático de gobierno. Por el contrario, su teoría permite entender por qué la concepción centralista e intervencionista de la economía tiende a debilitar la democracia y a poner en marcha fuerzas de corte autoritario. La definición del sistema económico tiene así fuertes implicancias políticas.

Por otra parte, Von Hayek revitaliza la tradición conservadora que brota de Hume y de Burke. Esto, por su crítica al constructivismo social, es decir, al intento de diseñar la sociedad de modo autoritario y conforme a un modelo *a priori*, y por su confianza en los valores y prácticas que han emergido en forma espontánea y que avala la tradición. En esto su pensamiento discurre en diálogo con el filósofo inglés Michael Oakeshott. Von Hayek resistió ese modo tecnocrático de ver la sociedad como si fuese sólo un material al cual la voluntad y el diseño deliberado, racional, han de darle forma. En este tema se echa de menos, en su pensamiento, la huella de ciertos escritos de Heidegger al respecto.

Von Hayek acometió la tarea de conciliar el liberalismo clásico con el conservantismo. Lo hizo reinterpretando ambas tradiciones en busca de una síntesis original. Las tensiones subyacentes son parte del trabajo que su valiosa obra deja por delante como desafío. □